

conocimiento de las brillantes hazañas de Yussuf. Demasiado débil para pretender disputar con las armas un imperio que éste había conquistado casi entero, cedió á la opinion y tuvo la prudencia de renunciar á todas sus pretensiones: mas como antes de partir desease ver al feliz conquistador, pidióle una entrevista que se verificó entre Agmat y Fez, en un bosque que se denominó despues el bosque de los Albornoces, porque Yussuf tendió en el suelo su manto para que sirviese de alfombra al que había sido su señor. Abu Bekr le felicitó por sus victorias, díjole que solo había dejado sus desiertos por venir á regocijarse en las glorias de su discípulo, la honra y el mas firme apoyo de los Almoravides; que en cuanto á él, su mision estaba cumplida, y que no deseaba mas que el reposo de una vida apacible en medio de los suyos.

«Sometidas las provincias del Magreb, dueño de Ceuta y de las ciudades de la costa, llevó Yussuf sus armas hácia Oriente, haciendo guerra implacable á los árabes rebeldes á su dominacion. En vano los antiguos conquistadores intentaron rechazar un yugo, tanto mas odioso cuanto que se le imponian aquellos mismos á quienes sus mayores habían antes subyugado; en vano forcejaron bajo la mano poderosa del berberisco: no les quedó mas alternativa que ó doblegarse á sus leyes ó ir á vivir bajo la de los califas Fatimitas, porque en breve las fronteras de Egipto fueron los solos términos de su poder. Apodóse de

Bugía y de Tunez, hizo á sns príncipes tributarios, y regresó victorioso á su capital de Marruecos, donde se hizo proclamar emir de los musulmanes y defensor de la religion. (1).»

Algunos escritores árabes hacen el siguiente retrato físico y moral de Yussuf. «Era, dicen, de color moreno lustroso, buena estatura, aunque delgado, poca barba, voz clara, ojos negros, cejas arqueadas, nariz aguileña, cabellos largos: valeroso en la guerra, prudente en el gobierno, en extremo liberal, austero y grave, modesto y decente en el vestir, moderado en los placeres, afable en sus maneras y en su trato, jamás vistió sino de lana, ni comia otra cosa que pan de cebada, carne de camello y leche de camella, aun en el colmo de su grandeza y de su fortuna, y en todo se mostraba digno del gran destino que Dios le tenia deparado.»

Tal era el hombre cuyo auxilio invocaron los musulmanes españoles. Cuando recibió el mensaje de estos consultó á su alkatib lo que deberia hacer; respondióle aquél que mirára bien lo que hacía con pasar á España; «porque has de saber, oh emir de los musulmanes, le dijo, que España es como una isla cortada y ceñida de mar por todas partes; es como una cárcel donde el que entra difícilmente vuelve á salir, y si una vez pones allá los pies, no estará en tu ma-

(1) Accedió á tomar este título á instancias de todos los jeques, walies, alcaldes y alkatives, los cuales, sin embargo, no pudieron vencer su modestia ni reducirle á que tomara el de califa.

no la vuelta.» A pesar de este consejo Yussuf contestó á los embajadores y á Al Motamid el de Sevilla, que le daría su ayuda, pero que no podría hacerlo si antes no ponía en su poder la *Isla Verde* (Algeciras), para poder entrar y salir de España cuando fuese su voluntad. Inútilmente espuso al sevillano su prudente hijo Raschid el peligro de acceder á la proposición de Yussuf. Obcecado Al Motamid, hizo solemne donación de la plaza de Algeciras al emperador de Marruecos para sí, sus hijos y descendientes. Un vértigo fatal le arrastraba hácia su ruina; y no contento con entregar la llave de sus dominios á su formidable aliado, determinó pasar á Africa para informarle personalmente de su desesperada situación. Encontróle entre Ceuta y Tanger; hízole una pintura sombría de la angustia en que tenía á los musulimes de España la pujanza y soberbia del rey Alfonso, y le instó á que no tardase en venir á socorrerlos. «Anda, le dijo Yussuf, torna luego á tu tierra y cuida de tus negocios, que allá iré yo, si Dios quiere, y seré vuestro caudillo y venceremos: yo iré en pos de tí.» Volvióse Ebn Abed á España, y Yussuf entró en Ceuta, y previniendo sus naves y allegando sus banderas, mandó que pasase el ejército á España, y fué tanta la gente que pasó, dice la crónica, que *solo su criador puede contarla*.

Desembarcó esta infinita muchedumbre en Algeciras y acampó en sus playas. Cuando Yussuf entró en

su nave dicen que extendió sus manos al cielo y exclamó: «Oh Dios mio, si este mi tránsito ha de ser para bien de los musulimes, aplaca y sosiega este mar, y si no ha de ser de provecho, embravécele para que no pueda hacer la travesía.» Dicen que Dios sosegó el mar, y la nave de Yussuf arribó con admirable velocidad á Algeciras (30 de junio de 1086), á cuyas puertas le esperaban el rey de Sevilla y los principales emires de España, y en aquella misma tarde hubo consejo para deliberar sobre el mejor medio de ejecutar la expedición. Yussuf hizo reparar los muros de la ciudad, levantar torres y abrir fosos. Ebn Abed partió para Sevilla á disponer alojamientos, provisiones y regalos para el ejército auxiliar. Siguió detrás Yussuf con su innumerable muchedumbre.

Sobre el campo de Zaragoza se hallaba el rey Alfonso VI. cuando le llegó la nueva de la irrupción de los africanos. Alzó apresuradamente el sitio de aquella ciudad, celebró consejo con sus generales, llamó en su auxilio á Sancho de Aragón y á Berenguer de Barcelona, de los cuales el uno sitiaba á Tortosa y el otro corría el país de Valencia, y los tres príncipes unieron sus banderas para resistir al nuevo y terrible enemigo: á las tropas de Castilla y Galicia se agregaron muchos caballeros franceses, con deseo de defender la cristiandad contra el mas formidable adversario que se habia presentado despues de Almanzor. Tambien acudieron á Sevilla todos los emires musul-

manes con sus respectivas banderas. Ebn Abed el de Sevilla mandaba todos los mahometanos españoles; Yussuf conducía el ejército africano. Pusiéronse en marcha desde aquella ciudad en dirección de Badajoz. Ebn Abed iba delante, y el lugar en que este acampaba por la mañana le ocupaba por la tarde Yussuf con sus Almoravides (1). Los dos grandes ejércitos cristianos y musulmanes se encontraron no lejos de Badajoz en las llanuras llamadas de Zalaca. Separábalos un río, de cuyas aguas unos y otros bebían. De un lado resplandecían las brillantes cruces de las banderas de Castilla y León; del otro ondeaban los estandartes de Mahoma en que se veían inscritos versos del Corán. Llamaban la atención de los cristianos las enormes espadas, los groseros sacos y agrestes pieles de los morabitas que les daban un aspecto lúgubre: miraban estos con admiración las armaduras de los cristianos, sus manoplas y sus caballos cubiertos de hierro. Las crónicas árabes y cristianas, todas refieren sueños misteriosos que dicen haber tenido así Alfonso como Yussuf, y presagios fatídicos, como

(1) La Crónica lusitana dice también aquí que «erán tantos que ni su rey ni hombre alguno era capaz de contarlos, sino solo Dios.» El arzobispo don Rodrigo dice que cubrían la tierra como langostas: *et effusi sunt super terram, faciem uti locustarum*. En cambio la historia árabe hace subir el ejército de Alfonso nada menos

que á ochenta mil caballos, de los cuales cuarenta mil cubiertos de hierro, y los demás árabes, que era la caballería ligera. El Homaidi supone que llevaba cien mil peones y cuarenta mil caballos. En lo que convienen todos es en que le acompañaba mucha caballería árabe como auxiliar.

acostumbran á contar siempre que se iba á decidir una gran contienda.

Con arreglo á lo que prescribe el Corán, Yussuf había intimado á Alfonso, ó que le pagara tributo y se reconociera vasallo suyo, ó que abandonara la fé de Cristo y se hiciera musulmán. Y luego añadía: «He sabido, oh rey Alfonso, que deseabas tener naves para pasar á buscarme á esta tierra. Hé aquí que te he ahorrado esta molestia viniendo yo en persona á encontrarte en la tuya. Dios nos ha reunido en este campo para que veas el fin de tu presunción y de tu desseo.—Vé y dí á tu emir, contestó Alfonso al mensajero, que procure no ocultarse, que nos veremos en la batalla.»

Señalóse día para el combate; combate horrible, cual no habían visto otro los hombres, dicen los escritores árabes. Era un viernes, 23 de octubre de 1086. No nos detendremos á referir los pormenores de aquella lucha sangrienta, de aquella terrible lid en que se derramó tanta sangre cristiana. Nuestros cronistas la mencionan con un laconismo que parece significar que quisieran no les mortificase su recuerdo (1). En cambio los poetas árabes la celebraron á competencia, como si hubiese sido el triunfo definitivo del Corán sobre el Evangelio. El parte que dió

(1) «Arrancaron moros al rey don Alfonso en Zagalla,» dicen solamente los Anal. Toledan. II.—La Crónica Burgense es igualmente sucinta. Lo mismo los Ana-

les Complutens. y Compostel. Don Rodrigo la refiere con mucha brevedad. La Crón. Lusitana es la que se detiene algo mas en ella.

Yussuf el gefe de los Almoravides al mejuar de Marruecos, demuestra lo que envaneció á los musulmanes aquella victoria.

«Luego que nos acercamos (le decia) al campo del tirano nuestro enemigo (maldígale Dios), le dimos á escoger entre el islam, el tributo y la guerra, y él prefirió la guerra. Hemos convenido en que la batalla se diese el lunes 15 de Regeb, pues él nos dijo: «el viernes es la fiesta de los musulmanes, el sábado la de los judíos, de que hay muchos en nuestro ejército, y el domingo es la de los cristianos.» Convenimos, pues, en el día: pero este tirano y sus gentes faltaron como acostumbran á las palabras y conciertos, lo cual acrecentó nuestra saña para la pelea, y les pusimos campeadores y espías que oteasen sus movimientos y nos avisasen de ellos. Así fué que á la hora del alba del viernes 12 de regeb nos vino nueva de cómo el enemigo ya movia su campo contra nosotros...» Refiere luego algunas circunstancias de la batalla y continúa: «Sopló entonces el torbellino impetuoso del combate, y la sangre que las espadas y las lanzas sacaban de las profundas heridas que abrian formaba copiosos rios... y cada uno de nuestros valientes campeadores ofrecia al de Afranc y al maldito Alfonso raudales que les podian servir para bartarse y nadar en ella los quinientos caballeros que de ochenta mil y de cien mil peones le quedaron, gentío que trajo Dios á la Almara para

«molerlos y exprimirlos, y quiso Dios librar á unos pocos malditos en un monte para que desde allí viesen su calamidad... sin quedar mas que el vano recurso y miserable del Guai de Alfonso, que no halló mas remedio en su desventura que ocultarse en las tinieblas de la oscura y atezada noche. El emir de los muslimes, el defensor de la santa guerra, el numerador y destructor de los ejércitos enemigos, dadas gracias á Dios con bendita seguridad, acampaba sobre el carro del triunfo y de las victorias y á la sombra de las vencedoras banderas, insignias del amparo y de la gloria. Ya los caudalosos rios, el Nilo de las algaras arrebatava impetuoso sus edificios y fortalezas, tala sus campos y encadenava sus cautivos, y mira esto con ojos de complacencia y de alegría, y Alfonso lleno de rabia con desmayados y tristes y vertiginosos ojos. De los emires de España solo Ebn Abed rey de Sevilla no volvió la cara al temor de la cruel matanza, y se mantuvo peleando como el mas esforzado y valiente campeador, como el principal caudillo de los muslimes, y salió de la batalla con una leve herida en un muslo para gloriosa reliquia de la maravillosa accion en que la recibió. Alfonso amparado de las sombras de la oscura noche se salvó huyendo sin camino cierto ni direccion, y sin dar sus tristes ojos al sueño, y de los quinientos caballeros que con él escaparon, los cuatrocientos perecieron en el camino, y no en-

«tró en Toledo sino con ciento. Gracias á Dios por todo esto.»

Mandó Amir Amuminin, añade el autor arábigo, cortar las cabezas á los cadáveres cristianos, é hicieron á su presencia montones de ellas como torres, que cubrían la lanza mas larga que habia en el campo puesta en pie. Abu Merdan que se halló en la batalla escribe que por curiosidad se contaron delante del rey de Sevilla hasta veinte y cuatro mil. Y Abdel Halim refiere (cosa que parece increíble, exclama el mismo autor musulman), que de aquellas cabezas envió Yussuf diez mil á Sevilla, diez mil á Córdoba, diez mil á Valencia, y otras tantas á Zaragoza y Murcia, quedando ademas cuarenta mil para repartir por las ciudades de Africa ⁽¹⁾, «que con tan prodigiosa victoria humilló Dios la soberbia de los infieles en España ⁽²⁾.»

Aun rebajada la parte hiperbólica de las relaciones de los árabes, no hay duda de que el triunfo de los Almoravides en Zalaca fué grande y solemne, y tal vez el combate que costó mas sangre española y cristiana desde que los soldados de Mahoma habian pisado nuestro suelo. Habia reunido Alfonso el mayor y mas noble ejército que se habia visto en España, y

(1) Conde, part. III. cap. 46 y 47.

(2) Cuentan los árabes que Al Motamid el de Sevilla escribió el resultado de la batalla á su hijo en dos dedos de papel que ató bajo las alas de una paloma, la cual

envió á Sevilla, y que al ver llegar el ave mensajera toda la ciudad fluctuaba entre el temor y la esperanza, hasta que llegó, y desatado y desenvuelto el papel se saludó la nueva del triunfo con trasportes de alegría.

todo pereció en un solo dia en Zalaca como en Guadalete.

De temer era que España hubiera vuelto á sucumbir como entonces bajo la ley del Profeta, si Yussuf hubiera proseguido la conquista como Tarik. Pero Dios determinó no abandonar á los suyos, y no dar á los vencedores victoria cumplida. En la noche misma del triunfo recibió Yussuf la triste nueva de haber fallecido en Africa su hijo mas querido, y no pudiendo resistir á un sentimiento de ternura, partió el héroe africano á presenciar los funerales de su hijo en lugar de asistir á las fiestas triunfales que en España se preparaban, dejando el mando del ejército á Abu Bekr, uno de sus mejores caudillos. Con la ausencia de tan insigne gefe cobraron aliento los cristianos, y no tardó en volver á introducirse la desunion entre los musulmanes, obrando otra vez cada cual por su cuenta. Abu Bekr con los africanos y con Ben Alaftas el de Badajoz corrió las fronteras de Castilla y Galicia recobrando pueblos y fortalezas ocupadas por los cristianos. El de Sevilla se entró por tierra de Toledo y tomó las plazas que en virtud de anteriores tratos habia cedido á Alfonso. Pasó luego al pais de Murcia, donde encontró una partida de esforzados españoles que desesperadamente le arremetieron y destrozaron la mitad de su hueste, forzándole á buscar asilo al lado del gobernador de Lorca. Acaudillaba estos españoles Rodrigo Diaz el

Cid, que con este motivo volvió á la gracia del rey Alfonso. Envió el monarca algunos refuerzos al casti- llo de Aledo (Alib ó Lebit entre los árabes) de que el Cid se habia apoderado, y desde donde molestaba sin cesar las fronteras del sevillano. Disgustado éste del mal éxito de sus operaciones en lo de Murcia y Lorca, retiróse á Sevilla, y escribió á Yussuf infor- mándola de los estragos que los cristianos hacian en sus tierras, y ponderándole sobre todo lo que el Cid hacia por la parte de Valencia. Decíale que los Almo- ravides no tenian gefe que supiera mandarlos ni en- tendiera la guerra que convenia hacer en España: que si las atenciones de su gobierno no le permitian ve- nir, él se encargaria de conducir las banderas musul- micas en la península. La impaciencia no le permitió esperar la respuesta á esta carta, y pasó á Marruecos con el fin de exponer de palabra á Yussuf la situacion de España. Esperaba Ebn Abed que le daria el mando en gefe de los Almoravides, pero Yussuf penetró su pensamiento y sus intenciones, y despues de recibirle con mucho agasajo le dijo como la vez primera: «Allá iré yo pronto, y pondré remedio á todos los males arrancando de raiz las causas que los producen.» Con esto Al Motamid se volvió á España mas apesarado que satisfecho.

En efecto, al poco tiempo desembarcó Yussuf por segunda vez en Algeciras (1088), donde ya le espe- raba Ebn Abed con multitud de acémilas y carros, y

mil camellos cargados de provisiones. Escribió desde allí Yussuf á todos los emires españoles invitándolos á concurrir á la guerra santa, y señalándoles por punto de reunion la fortaleza de Aledo, ó mas bien los cam- pos que la rodeaban. Concurrieron á esta expedicion los granadinos acaudillados por su rey Abdallah ben Balkin; los malagueños por Themín, hermano de éste: los de Almería por Mohammed Al Motacim; los de Murcia por Abdelaziz; los walíes de Jaen, Baza y Lorca; Ebn Abed el de Sevilla con todos los suyos, y por último Yussuf con sus Almoravides. Atacaron los musulmanes la plaza de Aledo con vigor, y Yussuf la hizo bloquear y batir por todas partes; en vano se repitieron los ataques dia y noche por espacio de cua- tro meses. La bizarría con que se defendieron los cristianos hizo inútil toda tentativa, y Yussuf y Ebn Abed fueron de opinion de que se levantára el cerco, y que sería mas ventajoso correr las fronteras de los cristianos y hacer incursiones en sus dominios. Túvo- se consejo para deliberar; los pareceres fueron diver- sos; agrióse la discusion, y Ebn Abed echó en cara á Abdelaziz el de Murcia, que estaba en inteligencia con los cristianos; Abdelaziz, jóven acalorado y fo- goso, echó mano á su alfange para herir á Ebn Abed; Yussuf hizo prender al agresor y se le entregó á Ebn Abed con grillos á los pies. Las tropas de Abdelaziz se amotinaron, y no solo abandonaron el campo, sino que acantonados en los confines de la provincia inter-

ceptaban las comunicaciones y víveres al mismo ejército musulman, haciendo cundir en él el hambre y la miseria.

Noticioso de estas desavenencias el rey de Castilla, juntó un ejército y marchó al socorro del castillo. Al propio tiempo cundió en el campo de Yussuf la nueva de que los de Afran se dirigian al mismo punto en auxilio de Alfonso, y todo junto le movió á levantar sus tiendas, y dándose repentinamente á la vela en Almería, pasó otra vez á la Mauritania. Los demás capitanes retiráronse tambien cada cual á sus dominios. Alfonso entonces corrió la tierra de Murcia, y convencido de los peligros y dificultades de conservar una fortaleza enclavada en territorio enemigo, hizo desmantelar el castillo de Aledo, donde tantos intrépidos defensores habian recibido una muerte gloriosa, y volvió satisfecho á Toledo.

Pasó Yussuf todo el año siguiente en Africa, atendiendo á los negocios de su vasto imperio. Mas llegó el año 1090 (483 de los árabes), y las cartas apremiantes de Seir Ben Abu Bekr, su lugarteniente en España, revelándole las intrigas y discordias de los andaluces, é informándole de las continuas hostilidades de los cristianos en las fronteras musulmanas, le movieron á venir por tercera vez á España. Ahora no venia llamado por los reyes árabes de Andalucía, ahora traia Yussuf otras intenciones, y pronto iban á recoger los mismos que antes reclamaron su auxilio

el fruto de su imprudente llamamiento. Desembarcó Yussuf en su ciudad de Algeciras, y á marchas forzadas se puso sobre Toledo, obligando á Alfonso á encerrarse en la ciudad, devastando las campiñas y poblaciones de sus contornos, y aterrando á las gentes de la comarca. Pero el hecho de no haberle acompañado á esta espedicion ningún príncipe andalúz, le hizo sospechosos los cristianos españoles, y estos por su parte conocieron que no eran ya solo los cristianos contra quienes iba á desenvainarse la espada del poderoso morabita. El primero que penetró sus intenciones fué el rey de Granada Abdallah Ben Balkin, y el primero tambien contra cuya ciudad se encaminó Yussuf desde los campos de Toledo, acompañado de formidable hueste de moros zenetas, mazamudes, gomeles y gazules. Unos dicen que el rey de Granada le cerró al pronto las puertas, otros que disimuló y le recibió como amigo. Es lo cierto que Yussuf se posesionó de Granada, y que habiendo hecho prender á Abdallah y á su hermano el gobernador de Málaga Themín, los envió aprisionados con sus hijos y servidumbre á Agmat de Marruecos, donde les señaló una pension para vivir que satisfizo religiosamente, acabando así la dinastía de los Zeiritas en Granada, que habia dominado ochenta años.

Fijó Yussuf por algun tiempo su residencia en esta ciudad, encantado de sus bosques, sus jardines, sus aguas, su espaciosa vega, sus aires puros, su bri-